

Alexandre de Laborde: Itinéraire descriptif de l'Espagne

Traducción: COLETTE CHARBONNIER¹

Universidad de Extremadura

Alexandre de Laborde describe con un estilo naïf la España de principios del siglo XIX, que recorrió en su totalidad.

Los fragmentos traducidos a continuación pertenecen a su libro *Itinéraire descriptif de l'Espagne (Itinerario descriptivo de España)* publicado en 1809. Hemos elegido, por razones obvias, un texto sobre Extremadura, y también uno sobre Andalucía y otro sobre Galicia porque describen a dos pueblos muy diferentes de España.

EXTREMADURA

Observaciones generales sobre esta provincia

EXTREMADURA es una de las grandes provincias de España; sería quizás también una de las más fértiles si no fuera la menos poblada y la peor cultivada. Es un enclave entre el reino de León, Castilla la Vieja y Castilla la Nueva, Andalucía, y Portugal.

(...) Esta provincia tuvo el mérito de atraer antaño la atención de los romanos; la belleza de su clima, la fertilidad del suelo le concedieron mucho valor ante sus ojos; la consideraron como una tierra de promisión. Los moros tuvieron hacia ella la misma predilección, y éstos, a quienes se prodigó injustamente el nombre de bárbaros, conocieron lo que valía, y llegaron en masa para poblarla. Su expulsión fue la época del abandono casi total de esta provincia; y desde entonces, permanece en un estado que la vuelve casi nula para España.

1. Alexandre de Laborde, *Itinéraire descriptif de l'Espagne*, seconde édition, A Paris, chez H. Nicolle, à la librairie stéréotype et Lenormant, M. DCCC.IX.

Caracteres, hábitos, costumbres y comportamientos

Los habitantes de Extremadura se encuentran en un país que parece estar aislado de cualquier otro, y donde las oportunidades para comunicarse con las distintas partes de la monarquía española no son frecuentes. Por ello, esta provincia parece concentrarse en sí misma y abandonarse a su propia existencia. Estos pueblos no conocen ni los deleites de las comodidades de la vida, ni la manera de conseguirlas. La escasa frecuentación del mundo hace que teman relacionarse con él y los aparta de la sociedad. De ahí viene que parezcan taciturnos, y quizás sean los más serios de todos los españoles. Les asusta tener que tratar con extranjeros, huyen de su compañía, y sólo se encuentran a gusto permaneciendo confinados toda la vida en su provincia. Cierta repugnancia hacia el quehacer, y la falta de conocimientos los alejan del trabajo y los retienen constantemente en la ociosidad.

Por otra parte, tienen unas excelentes cualidades: son francos, sinceros, colmados de honor y probidad, poco emprendedores, pero firmes en sus proyectos y constantes en sus ideas. Siempre fueron excelentes guerreros; son fuertes, vigorosos y robustos, capaces de aguantar sin murmurar las fatigas y los peligros de la guerra; siempre han desarrollado en ellas un coraje sorprendente; prefieren la caballería a la infantería.

Esta provincia ha dado varios grandes capitanes que honraron a su país con las más brillantes hazañas. Trajo al mundo al famoso García de Paredes, y sobre todo a varios conquistadores de América, Hernan Cortés, Francisco Pizarro, el marqués del Valle de Goanaca, y a algunos de sus compañeros de armas.

Se atribuye también una excesiva pereza a los jornaleros u obreros de esta provincia. El reproche parece justificado; pero se les debe tratar con más indulgencia cuando se sabe que se encuentran sumidos en la costumbre de la indolencia, al encontrarse a pesar suyo sin trabajo, sin recursos durante las dos terceras partes del año, y sin ningún tipo de habilidad para amparar su existencia. Pagados a un precio módico por sus trabajos, en un país en el que los productos son muy caros y por encima de sus posibilidades pecuniarias, sin esperanza de mejorar su estado y su suerte, se hunden en el desánimo. Basta con observarlos cuando encuentran una ocupación; se les ve activos, infatigables, trabajando sin descanso al mediodía, en un clima tórrido, bajo un sol abrasador.

No se conoce en Extremadura ningún tipo de disipación ni placer, todo es monótono, envarado y triste. Las personas bien nacidas, con fortuna o acomodadas, se frecuentan muy poco y accidentalmente.

Para el pueblo, es peor aún; es tan pobre que experimenta en cada instante todo tipo de necesidades, y se encuentra falto de lo más indispensable, sin esperar ningún cambio favorable a esta lamentable posición. Este exceso de miseria que se sucede de familia en familia, oprime el alma y crispa el cuerpo. ¡Qué situación para buscar el placer y, luego, ser susceptible de entregarse a la alegría que se siente a continuación!

Se encuentra en esta provincia un ejemplo muy singular de lo que puede llamarse constitución democrática, y que excluye cualquier superioridad de unos hombres sobre otros. Los habitantes de la pequeña villa de Casar de Cáceres, a dos leguas de Cáceres, y que son aproximadamente unas 5000 personas, se consideran entre ellos todos iguales en grado, calidad y condiciones; se cuidan mucho de que esta igualdad no se vea nunca alterada con ningún signo exterior de honores o distinción. Por fin, han llevado su vigilancia en este tema hasta tal extremo que hace unos años quitaron una inscripción colocada en la sepultura de uno de sus conciudadanos, a pesar de que todos lo estimaran y echaran de menos.

ANDALUCÍA

Costumbres, hábitos, vestidos y lengua de Andalucía

El andaluz es el gascón de España; no tiene la reserva del castellano, ni la soberbia fría del aragonés, ni la impetuosidad del vizcaíno, ni la rudeza del catalán, ni la ligereza del valenciano; el andaluz habla mucho, y sobre todo de sí mismo, de su mérito, de sus riquezas, de los objetos preciosos o desagradables que posee. Tiene una jactancia natural que llena sus discursos e impregna los giros de sus frases, su tono, sus maneras, sus gestos, sus costumbres.

Sin embargo, estas cualidades no se encuentran en todas las partes de Andalucía; existen en el más alto grado en el reino de Sevilla, y mucho más aún a proximidad del mar que tierra adentro. Son bastante fuertes, aunque menos sensibles, en el reino de Granada, y se debilitan mucho a medida que uno penetra en los reinos de Córdoba y Jaén.

Su tierra es la de esos fanfarrones que se distinguen de los demás por su manera de vestir, su habla fuerte y amenazadora, que se hacen los malos cuando se les teme, que se ablandan cuando no pueden inspirar terror, que siempre resultan peligrosos por los golpes que asestan cuando pueden pegar sin riesgo; en una palabra, de esa especie de pequeños amos que se distinguen con el nombre de majos.

Esta tierra es, también, la de las majas, esas mujeres que no debemos confundir, a pesar de su nombre, con la especie de la que acabamos de hablar; son tan atractivas como repulsivos pueden resultar los majos. Una apariencia desenvuelta, un porte suelto, unos andares decididos, unos ojos vivos, seductores, animados, una sonrisa fina y agradable, una cintura esbelta; un calzado rebuscado, un vestido elegante y ligero, unos encantos variados, una voz acompasada, una amabilidad natural, unos gestos expresivos son los atributos de esas mujeres tan peligrosas como amables. Hábiles en el arte de la seducción, saben muy bien triunfar en este terreno; libres en sus propósitos, más aún en sus modales, provocan, atacan, invitan, y resulta difícil resistir a sus encantos.

Andalucía fue antaño el refugio de los gitanos, esa especie péfida y peligrosa, sin casa ni hogar, sin rey ni roque, que era la chusma de España, el oprobio de la nación

que la sufría, el terror de los caminos y las campiñas, y que el gobierno español proscribió por fin con severas leyes. Protegida por la nobleza andaluza, ésta la protegía a su vez; esta nobleza le ofrecía asilos para sustraerla, así como a sus hurtos, a la persecución de la justicia; pero a cambio, la gente gitana no abusaba, en sus incursiones, de las tierras, las propiedades, las personas, la servidumbre, los arrendatarios de esta nobleza; servía su venganza y le proporcionaba tantos satélites como gitanos había.

Ya en tiempos de los romanos, los andaluces eran famosos por su destreza; brillaron a menudo en los teatros de Roma; más frecuentemente aún, las jóvenes andaluzas atraían a la multitud y recogían numerosos aplausos con sus danzas lascivas; en dichos teatros, cautivaron los corazones de los cónsules, tribunos, pretores y senadores, sobre los cuales ejercían el dominio más absoluto. Las andaluzas modernas no han degenerado; siguen siendo las bailarinas más agradables y más seductoras de España. En general tienen unos cuerpos bonitos, con una piel delicada, una cintura esbelta, una cara de rasgos finos, unos ojos negros, vivos, llenos de fuego; son amañeradas pero con mucho donaire. Las del reino de Granada son las de proporciones más armoniosas y, entre ellas, las mujeres de Málaga las que más.

Andalucía es el país de España donde más se fuma; los hombres se entregan a ello apasionada y constantemente, y muchas mujeres se dejan tentar por el tabaco de vez en cuando.

En el reino de Granada, los hombres hacen poco caso de sus excelentes vinos; prefieren el mistela y el rossolis; los beben con exceso; sin embargo no parece que les hagan ningún daño.

Andalucía tiene tres Maestranzas o asociaciones de la nobleza, cuyo fin principal parece ser el de mantener vivo el antiguo espíritu de caballería, y cuya verdadera razón es una mezcla de orgullo y pasión por el placer. Hay una en Granada, otra en Sevilla y una tercera en Ronda (en el reino de Sevilla).

Andalucía no tiene una lengua que le sea propia. Allí se habla el castellano; pero un castellano alterado, corrompido, casi desfigurado por una mezcla prodigiosa de palabras árabes, y más aún por una pronunciación viciosa, que hace irreconocible esa lengua; es mucho más gutural que en el resto de España. También es fanfarrona; a un castellano muchas veces le resulta difícil entender a un andaluz que habla la misma lengua que él.

GALICIA

Carácter, costumbres, espíritu y lengua de los gallegos

Los habitantes más antiguos de Galicia fueron los Callaici. Esos pueblos no se ocupaban más que de la guerra, la caza, y los menos fuertes se dedicaban a la pesca. Sus mujeres labraban la tierra, sembraban, segaban, y velaban por el sustento de la familia; cuando daban a luz, sus maridos se metían en la cama; costumbre tan rara como absurda.

Los gallegos de hoy día conservan no el carácter huraño de esos pueblos primitivos, pero sí una distancia hacia lo que llamamos en general la civilización. En sus montañas sólo encontramos costumbres simples y puras, ninguna idea de lujo, un pueblo tranquilo y acogedor.

Los gallegos son altos, fuertes, muy nerviosos y robustos; aguantan fácilmente las fatigas. Las mujeres son blancas, bastante guapas, tienen el pelo y los ojos negros, los dientes blancos y bien alineados, unos rasgos regulares e inmóviles. Los hombres, las mujeres y los niños suelen ir descalzos. Al igual que en Vizcaya y Asturias, este pueblo se compone exclusivamente de *Christianos viejos*, cuya sangre no se ha mezclado con la de los judíos o de los moros convertidos.

Los gallegos, como los asturianos, abandonan bastante a menudo su hogar para irse lejos a buscar algún medio de ganarse el sustento, o adquirir más desahogo; están muy apegados a la religión y son fieles al rey: serios, graves, francos, sobrios y discretos, son tristes, y viven poco en sociedad; por otra parte se distinguen por su probidad y su valor.

Los gallegos proporcionan muchos soldados al ejército. Cada año, en el mes de octubre, la milicia se reúne, y coge a los jóvenes desde los quince años. A los campesinos se les ve correr contentos a la cita, encantados de verse armados y llamados *cavalleros, nobles soldados del rei*. Tienen una disposición natural para las armas; destacan, en este campo, los habitantes del condado de Montforte, de Lemos, por donde pasa el pequeño río Cabe, cuya capital está situada sobre una montaña alta, derecha y muy escarpada. Esta ciudad pasa por haber sido creada por griegos fugitivos; y lo que mantiene esta opinión es la vivacidad, la sutileza y la valentía de los habitantes de este cantón.

Los gallegos fueron los primeros poetas de España. Antes de la llegada de los romanos, componían y cantaban versos, de los que quedan algunas tradiciones en su antigua lengua; sin embargo progresaron muy poco en este arte.

La lengua gallega actual es una mezcla de castellano antiguo -de la época de Alfonso el Sabio-, y de portugués, con varias expresiones que ha conservado de la antigua lengua romana.

